

## El amor al prójimo

Estábamos reunidos, una tarde de otoño de 1902, en el gran salón de la casa de Iasnaia-Polianna. En el cuarto contiguo, la condesa y una de sus amigas tocaban al piano una sinfonía de Beethoven. Tolstoi, con una voz lenta, hablaba de los problemas de la vida, del amor al prójimo.

—No es difícil amar á quienes se hallan distantes de nosotros: la humanidad, el pueblo! Lo importante es saber amar á nuestro prójimo, como quien dice, á los seres que nos rodean, con los que nos topamos diariamante, que nos irritan y nos hacen sufrir. Es á éstos á quienes importa, sobre todo, querer y perdonar. Esto no lo logra todo aquel que quiere. Tan pronto como uno se olvida de ello un solo minuto, se aparta del buen camino.

Uno de éstos últimos días, atravesaba el parque, abismado en mis reflexiones, cuando una mujer que me había seguido, me pidió no recuerdo qué. En ese momento llenaba mi espíritu una idea preciosa y temía que se me escapara.

—Vamos! qué quieres? Dímelo, qué quieres? Repetí en tono áspero á la turbada mendiga. Por qué me... importunas?

Por dicha me contuve á tiempo y me serví de una palabra cortés, pero sucede á veces que no se recobre uno del todo, ó si se recobra es ya demasiado tarde. Así, recientemente, iba á caballo por la carretera, perdido, como de costumbre, en mis sueños... Oprimido por un vago malestar, sentía confusamente que algo me inquietaba. Qué era eso? Me detuve y reflexioné. Y de pronto me acordé que algunos minutos antes había pasado junto á un pobre inválido, sin darle mi limosna habitual, contentándome con saludarlo distraídamente. Dí media vuelta y partí al galope. Pero no pude alcanzar al inválido. Seguí mi camino, afligido de haber descuidado una obra muchísimo más importante que mis escritos. En efecto, mis obras no son más que bagatelas, y se trataba de socorrer á un desgraciado!

Vigilémonos severamente cuando tengamos algo que ver con los demás; la más mínima debilidad nos arrastra al pecado. Hagamos el bien, pero en vez de esperar una afectuosa gratitud de quienes favorecemos, alistémonos para esperar de ellos la calumnia, las persecuciones, el desprecio.

Siempre ha sido y debe ser así. Sería demasiado bello hacer el bien y que nos recompensaran por eso! Al contrario, arreglémonos de modo que nuestros beneficios no encuentren aprobación alguna. Imitemos al rico, que aburrido de ser un imbécil fanático, enemigo de los pobres, los apedreaba con escudos. Los pobres recogían las monedas que les arrojaban, burlándose de la estupidez de su extraño benefactor.

Y Tolstoi se puso á reír alegremente.

## En torno de la parva

Después de un medio día de setiembre de 1901, Tolstoi, armado de una horquilla, estaba entre sus discípulos que le traían de una pradera no distante del jardín, brazados de avena olorosa, mezclada con flores y trébol; Tolstoi los recibía, y moviendo ágilmente el busto, los echaba en el montón.

A veces, cuando había amontonado el último brazado sin que le trajeran otro, erguía su alto cuerpo y decía en tono triunfal:

—Voy más ligero que vosotros! Qué haceis, pues?

Concluida la parva, Tolstoi le emparejó los lados con un rastrillo. El sol se ponía y los discípulos, hombres y mujeres, se apresuraban á formar el último montón.

—Animo!, les gritó Tolstoi. Según los viejos, no se debe trabajar después de anochecido.

Terminada la tarea en absoluto, el conde lanzó un suspiro de alivio. Sus compañeros le rodearon, y después de sacudirse las ramillas de avena pegadas á las ropas, se sentaron en torno de la parva.

Uno de ellos le preguntó de pronto:—Maestro, no crees que el mal es necesario y que si no existiese tampoco existiría el hombre?

—El pensamiento es bello!, le contestó Tolstoi animado, pero es erróneo. El hombre ha nacido del bien y no del mal. Hojeaba yo días atrás una colección de leyendas antiguas y leí algunas con entusiasmo. He aquí una que, á mi juicio, resuelve la cuestión que ahora nos ocupa:

«Habiendo descansado Dios de sus múltiples trabajos, pensó en crear un nuevo sér, engendrado por la unión maravillosa del cielo y de la tierra.

—No lo crees, dijo severamente el ángel de la Verdad, porque mancillará tu santuario por gusto, exaltará el Error, y la Tentación reinará sobre la tierra.

—No lo crees, suplicó el ángel de la Justicia, porque será cruel, no amará más que á sí mismo y tiranizará á los demás. Será sordo á los gritos de dolor de su prójimo y los gemidos de las víctimas no llegarán hasta su corazón.

—Anegará la tierra en sangre, añadió el ángel de la Paz y el asesinato será su obra cotidiana. El horror de la ruina aniquilará á los pueblos y el miedo á la muerte violenta se infiltrará en las almas.

Y la frente del Todopoderoso se anubló: la unión maravillosa del cielo y de la tierra le pareció cosa vil y despreciable. Y en su voluntad eterna maduraba ya la resolución de no crear aquel sér, cuando la Misericordia, su hija menor y predilecta, compareció ante su trono. Abrazóse á las rodillas del Padre y suplicó:—Créalo! Si todos tus servidores te abandonan, yo iré en su auxilio y yo transformaré en cualidades sus defectos y sus vicios. Yo le protegeré para que no se aparte del camino de la Verdad. Yo inclinaré su alma á la compasión. Yo le enseñaré á ser misericordioso con el débil.



Y la frente del Todopoderoso se iluminó, y brilló en su rostro la clemencia. La unión maravillosa del cielo y de la tierra se realizó y engendró á un ser hecho á Su imagen y semejanza.

—Vive! dijo el Todopoderoso, animándole con su soplo, y sabe que eres hijo de la Misericordia».

—Así fué criado el hombre. Y tú, pretendes que nació del mal!

Y Tolstoi miró á su interlocutor con expresión de reproche.

—Entonces, de dónde proceden esas pasiones que atormentan y envilecen nuestra alma? Si no somos más que bondad, misericordia y santidad, de dónde viene pues el pecado? preguntó una mujer.

Tolstoi se separó de la parva, y con la horquilla al hombro, caminó resueltamente algunos pasos.

—Venid! Venid! Andando os diré por qué.

Todos obedecieron.

—He aquí la historia, principió.

«Había una vez un hombre que tenía un jardín, en el cual se daban frutas maravillosas. Hizo que custodiaran la puerta dos servidores suyos, de los cuales uno era cojo y el otro ciego. «Estoy seguro, pensó, de que no dejarán entrar á nadie y de que tampoco se comerán las frutas». Y regresó tranquilo á su casa.

Pero cuando llegó la noche, la luna y las estrellas que en el cielo resplandecían, hicieron que la hermosura de las frutas de el jardín adquiriera mayores encantos. Y el cojo le dijo al ciego:—Qué hermosas son las frutas de nuestro amo!

—Cógelas y las probaremos, balbuceó el ciego.

—No puedo! suspiró el cojo; pero si quieres que me suba encima de ti, podré llegar al ár-

bol; cogeré algunas frutas, comeré de ellas y te daré tu parte.

Aceptó el ciego la propuesta y ambos realizaron su deseo.

Por la mañana llegó el amo. Los guardianes estaban en su puesto, pero faltaba gran cantidad de frutas.

—Confesad! gruñó el amo. Habéis dejado que entre un ladrón.

—Amo! te juramos que no hemos dejado entrar á nadie! respondieron ambos criados.

—Entonces los culpables sois vosotros... confesadlo!

—El amo sabe que soy cojo y que no puedo dar dos pasos por el camino más llano.

—El amo sabe que soy ciego y que no sé andar solo...

Pero el amo entonces encaramó al cojo sobre el ciego y los llevó al árbol. Enseguida les dijo:—Así es como habeis hecho.

—Lo mismo ocurre con el hombre, repuso Tolstoi. El cuerpo inanimado yace, puro y dócil, radiante de paz y de tranquilidad.—Cómo podría yo pecar, se dice, si soy ciego y no puedo ver las tentaciones, si ignoro los caminos que á ellas conducen?—Y yo, pregunta el alma, cómo podría sucumbir, si desde el punto y hora en que te abandoné vivo inmaculada por los aires, al igual de las aves: si yo era ya inmaculada antes de estar cautiva en un cuerpo? Y dice el Todopoderoso:—Lo que habeis hecho es esto. Coge al cuerpo, lo une al alma y los pone al pie del árbol de la vida, cuyos frutos suspenden y cautivan. Y la vida del hombre empieza y en esta unión del cuerpo y del alma aparece el misterio, el horror y á la par la felicidad suprema de existir...

\*

La púrpura crepuscular se estinguía; nubes de un azul violáceo se amontonaban en cúpu-

las ó se alargaban hacia el oriente en largas franjas gigantescas.—Mirad qué amenazadora pantomima se representa en el cielo, dijo Tolstoi. Todo está lleno de esperanza en la aurora. Cuán bello es eso!... Para concluir os contaré una leyenda final, apropósito de este asunto. Me ha dado por contar cuentos esta tarde.

«La hija de un rey estaba prometida á un joven señor muy rico, que se ingeniaba el modo de proporcionar á su novia todos los placeres imaginables. Construía para ella palacios de mármol con talladuras doradas, en honor suyo ofrecía magníficas comidas y la colmaba de obsequios dignos de una reina... Pero la prometida continuaba fría y desdeñosa, despreciando obsequios y festines. Por qué? Porque era hija de rey».

—Lo mismo acontece con el alma, concluyó Tolstoi. La tierra le ofrenda sus tesoros, mil regocijos carnales. Pero el alma permanece fría!, no aspira ella á semejantes dichas. Por qué? Porque es hija de Dios.

## Tolstoi íntimo

Según sea el estado de su salud, Tolstoi se manifiesta, con sus familiares, ora amable y jovial, ora grave y melancólico; pero jamás deja de tratar á los que están en torno suyo con un afecto paciente.

Cerca de él, uno posee claramente la sensación de dos mundos distintos: por un lado, una familia rica, un poco orgullosa de su antigua nobleza, por otro, un cristiano de corazón puro y sincero. Pero el puente de oro del amor une las dos esferas que un abismo distancia. Una sola vez, enrolado en una discusión sobre Henry George, Tolstoi se olvidó hasta decir á uno de sus interlocutores:—Cuanto más habla el hombre tanto más ignorante es, y viceversa.

Pero enseguida se detuvo. Y cuando la conver-

sación pasó á otro tema, él confesó con una bondadosa sonrisa:—Ya lo veis, me he dejado arrastrar. Me acuerdo de Pascal, que siempre llevaba consigo un cinturón guarnecido de clavos. Apenas sentía que se desviaba, comprimía con el codo su costado; las puntas lo herían; el dolor lo desembriagaba al instante y le recordaba su deber...

En toda la tarde, Tolstoi manifestó una dulzura y una amabilidad particulares...

## En la estación de Tula

Un día, Tolstoi se hallaba en la estación de Tula.

Llegó un espreso. Un señor descendió apresuradamente de un carro de primera y corrió hacia el comedor. Segundos después, una mujer joven apareció en la plataforma y se puso á gritar: «Jorge, Jorge!...» Pero Jorge había desaparecido.

—Eh, abuelo, corre ligero, ve á decir á ese señor que se devuelva, te daré una propina! dijo la inquieta dama á Tolstoi, vestido como un campesino.

El escritor obedeció, trajo consigo al caballero y recibió cinco copeks.

En ese momento, un rumor corrió:—Mirad: Tolstoi!

—En dónde? en donde? preguntó la dama.

Se lo enseñaron. Descendió con presteza las gradas del carro, y corrió hacia el escritor.

—Por Dios, conde, perdonadme!... Estoy avergonzada...

Y la dama le suplicó que le devolviera los cinco copeks.

—No, no, quiero guardarlos, dijo alegremente Tolstoi. Me los he ganado.

Ya se iba el tren. Toda confundida, la dama desapareció en el carro.



## La leyenda del rico

Hace algunas semanas, Tolstoi volvía del entierro de un campesino de Iasnaia-Poliana, y así habló á los amigos que lo acompañaban:

—Sí, de las ceremonias relacionadas con el culto, el entierro es la única que en todo corresponde con el acontecimiento. Rodeada como está de misterio, recuerda el cielo, eleva el espíritu á las cosas supremas y hace al hombre más humano, más caritativo. Es por esto por lo que los pobres de la ciudad asisten al entierro. Para ellos es una especie de fiesta y se cuentan leyendas. No recuerdo en qué parte del Mediodía, oí contar en un entierro una leyenda bastante original. Escuchadla:

Un ricachon se moría. Durante toda su vida había sido avaro y duro de corazón. Cuando le echaban en cara su avaricia, contestaba:—El dinero lo es todo!

Y ahora, que se acercaba la muerte, decía:—Allá arriba el dinero será, no cabe duda, tan necesario como aquí abajo. Preciso es que haga acopio de él para que no me falte.

Llamó á sus hijos y se despidió de ellos, recomendándoles que le pusieran en su ataúd un saco de dinero.—No seais tacaños, añadió; poned también monedas de oro.

Aquella noche se murió. Cumplieron sus hijos sus últimas voluntades y colocaron en el ataúd unos cuantos miles de rublos en oro.

Cuando después de enterrado llegó al otro mundo, tuvo que someterse á toda especie de formalidades. Lo interrogaron, comprobaron la esactitud de sus palabras, en fin, no lo dejaron en paz en todo el día.

Allá arriba, como en todas partes, hay juzgados, agencias de policía y alcaldías.

Esperó con impaciencia que llegara la noche: tenía hambre y le atormentaba la sed hasta el punto de parecerle que le ardía la garganta y que la lengua se le pegaba al paladar.

—Estoy perdido! se dijo.

De pronto, vió una cantina bien provista de viandas y de botellas como las de las grandes estaciones. Allí había de todo: antepastos y licores. Algo hervía sobre una hornilla.—Por lo visto, pensó, no me equivoqué al creer que aquí sucedía lo mismo que en la tierra. Qué sensata precaución he tenido trayendo dinero! Ahora podré comer y beber lo que me plazca.

Muy satisfecho, alzó en peso su saco de oro y se acercó á la cantina.

—A cómo son?, preguntó tímidamente, señalando las sardinas.

—A copek!, le contestó el cantinero.

—No es caro, se dijo el rico. Quizás se haya equivocado. Le preguntaré el precio de otra cosa. —Y esto?, dijo, señalando unos pastelillos calientes y apetitosos.

—A copek también!, le contestó sonriendo el cantinero. El asombro del rico lo divertía.

—Pues bien!, dame diez sardinas y cinco pastelillos, si me haces el favor... y quizá también...

Y paseó la mirada con avidez por los tentadores platos, apresurándose á escojer.

El cantinero le oía, pero no le servía.

—Aquí se paga adelantado!, dijo secamente.

—Con mucho gusto. Ahí va el dinero, y le dió una moneda de oro de cinco rublos.

El cantinero miró y remiró la moneda entre sus dedos.

—Los copeks que yo necesito no son de estos, le dijo devolviéndosela, y llamando á dos robustos mocetones, dispuso que echasen de la cantina al rico.

Este se sintió muy triste y humillado.

—Qué desgracia! pensó. Qué quiere decir esto? No admiten más que copeks! Habráse visto cosa más rara! Va á ser preciso cambiar...

Olvidándose de que estaba muerto, corrió á casa de sus hijos y les habló en sueños:—Quedaos con el oro que me habeis dado. No lo necesito. Sustituidlo con copeks, si no, estoy perdido...

Al día siguiente, los hijos, llenos de miedo, cumplieron la orden de su padre.

—Ya estoy provisto de copeks!, exclamó el rico con voz de triunfo, encaminándose hacia la cantina. Denme de comer porque tengo un hambre atroz!...

—Aquí se paga adelantado, le contestó secamente el cantinero.

—Ahí tienes!, exclamó el rico, ofreciéndole un puñado de copeks nuevos y bien sonantes. Pero hazme el favor de servirme!

El cantinero miró las piezas y se echó á reir.

—Veo, dijo, que no has aprendido gran cosa allá en la tierra. No admitimos los kopeks que te pertenecen, sino aquellos otros que fueron dados al prójimo. Nunca has dado limosna á un pobre, socorrido á un miserable?

El rico bajó los ojos, y se puso á pensar: nunca había socorrido á nadie.

Entonces los dos gañanes de la víspera lo echaron de la cantina.

## Recuerdos de un Juez militar

«Llegué á la casa de Tolstoi, un sereno y luminoso día de setiembre de 1903, cuenta el señor Lazarevski, miembro de la Corte marítima. El lacayo que me recibió me introdujo en el gran comedor de la vieja casa señorial de Iasnaia-Poliana y me rogó que esperara. De pronto, se abrieron las dos hojas de la puerta para dar paso al sillón en que Tolstoi paseaba.

Al día siguiente de los festejos de sus 75 años cumplidos, el 29 de agosto, mientras hacía su paseo, tuvo que bajarse del caballo para atravesar una zanja. Al montarse de nuevo, el caballo impaciente le había maltratado el pie derecho. No era muy grave el accidente: sin embargo, Tolstoi no podía ni caminar, ni tenerse en pie, lo que no dejaba de mortificarle.

El sillón fué rodado cerca de la mesa, frente á mí. Dos ojos brillantes de juventud me miraban fijos, mientras que yo contemplaba la

venerable cabeza encuadrada en una barba blanca. Me levanté enseguida y acercándome al maestro, le di mi nombre. Me tendió su mano tibia y seca; una benévola sonrisa substituyó á la espresión curiosa de su semblante. Me dirigió algunas palabras lisonjeras.

Un criado le sirvió el desayuno. Cuando concluyó de comer, me hizo muchas preguntas sobre la salud de Tchekof á quien yo había visto poco antes. La vivacidad y el vigor de la conversación de Tolstoi me sorprendieron tanto como su memoria y sus profundas miradas.

—Nos veremos hoy, me dijo, pidiéndome permiso; tengo que hablaros más, porque, pertenecéis á esa terrible institución que se llama la Corte marcial marítima. No es cierto?

Respondí afirmativamente con un signo de cabeza.

Tolstoi fué conducido á su despacho y yo salí al parque, encantado de hallarme en Iasnaia-Poliana, después del jubileo, cuando nadie fatigaba la atención del maestro.

El cuarto que me dieron había sido en otro tiempo el despacho de Tolstoi. Contenía una parte de la biblioteca de la casa y en los estantes se hallaban numerosos libros viejos, de teología casi todos: Biblias, Evangelios, la vida de los Padres de la Iglesia, las Epístolas de los Apóstoles, Misales, vidas de Santos.

Tomé una de las cuartillas de papel blanco esparcidas sobre el escritorio, y comencé á anotar mis impresiones.

En el primer piso resonó la campana llamando al almuerzo. De nuevo pasé al comedor, en donde nos esperaba la esposa del maestro, la condesa Sofía Andréevna.<sup>1</sup> Cuando me acerqué á ella, Tolstoi pronunció en alta voz mi nombre y apellidos.

La cocina era vegetariana; sinembargo, un

---

<sup>1</sup> Sofía Andréevna Berce, de Moscovia. Tolstoi se casó el 23 de setiembre de 1862. Ella tenía entonces 18 años y su esposo, 34.

plato de ternero estaba servido aparte para los niños y para los que quisieran carne.

Nos sentamos á la mesa.

—He recibido hoy muchas cartas, me dijo Tolstoi, pero solamente dos interesan, aun cuando estén plagadas de faltas. Me han enviado, además, un paquete de folletos escritos en viejo eslavo eclesiástico. La dirección, impresa en máquina de escribir, comenzaba con estas palabras: «A la oveja descarriada...» Cuántas fatigas inútiles! añadió Tolstoi sonriendo.

La comida duró mucho tiempo. Cuando por fin me quedé solo con el conde, me preguntó sobre el funcionamiento de la Corte marítima y las sentencias que dictaba. Sobre todo le interesó el caso de un marinero, que habiéndose afiliado á una secta disidente, se le había acusado de convertir los camaradas á su doctrina. Cuando le conté que había sido absuelto y entregado á la reserva, Tolstoi exclamó:—Alabado sea Dios!

Añadí que desde 1897, época en que comencé á desempeñar mi puesto, no habíamos dictado ninguna sentencia de muerte, pero que no obstante, esa carrera no correspondía á mis gustos y que mi mayor anhelo era renunciar. Tolstoi me acarició la mano, aprobando lo que yo decía con una expresión placentera.

—Sí, sí... Y cuanto más pronto será mejor... No prestas servicio á nadie y tú mismo te pierdes.

Enseguida hablamos de la miseria del pueblo y de los obreros.

Conté á Tolstoi que había visto en el mercado Khitrovo de Moscovia á infortunados que se alimentaban de cabezas de arenques descompuestos, de huevos podridos, de frutas dañadas, de carne cocida hirviendo de gusanos blancos. Manifesté que sería bueno protestar en un artículo contra la venta pública de esos desechos inmundos.

La respuesta de Tolstoi me sorprendió:—No

es solamente el infortunio el que ha reducido á esos desgraciados á la situación abyecta en que los habeis visto, es también la borrachera y el libertinaje, en la mayoría de los casos. Aprendiendo á librarse de estos dos vicios, enseguida sabría uno vivir en la paz y la comodidad. Sería también muy injusto ver que un hombre atacado de una enfermedad vergonzosa se cure muy pronto gracias á su dinero... No apruebo tampoco esos establecimientos de asistencia por el trabajo; eso no es un socorro, sino un sustituto de socorro. A mi juicio, los filántropos, como el Dr. Haas, por ejemplo, no hacen ningún bien á la humanidad.

Después giró la conversación sobre las costumbres disolutas de la alta sociedad. Tolstoi sacudió tristemente la cabeza y declaró:—Aun ahora no puedo acordarme sin disgusto de mi vida de muchacho y de mi juventud, en general. Esto es espantoso! Esta depravación viene porque no vivimos ni nos alimentamos de un modo normal. Esta trasgresión de las leyes naturales explica los excesos venéreos. Cierta día le preguntaba á un joven campesino célibe, imberbe aun, cómo podía vivir sin mujer. «No he tenido tiempo de pensar en eso» me respondió. En nuestra clase piensan demasiado en ello. Desde jóvenes, nos dan á entender que es difícil y malsano sujetarse á la continencia. Esto es un error. Nos basta tratar á todas las mujeres á quienes nos acercamos como si ellas fueran nuestra madre ó nuestra hermana, para evitar toda tentación bestial.

En ese momento la condesa entró y nos llamamos.

\*

Descendí al piso bajo en donde anoté, tan fielmente como me fué posible, mi conversación con el maestro.

Caía la tarde. Los criados alistaban la mesa para la comida. Salí á pasearme un rato por el

parque. Había tibieza en el ambiente y reinaba un profundo silencio. Me sentía inesplicablemente dichoso.

Me acordaba del liceo y de la frase griega referente á Sócrates, que traducíamos en el quinto año: «Se le acusaba también de corromper á la juventud y de no reverenciar á los dioses de la patria».

Me impresionó el paralelo que podría establecerse entre Tolstoi y el filósofo. Tanto el uno como el otro fueron acusados, no de negar la existencia de la divinidad, sino de comprenderla de distinto modo de como querían las leyes de sus países respectivos.

Me decía que dentro de algunos siglos, aprenderían los escolares la historia de Tolstoi, como hemos estudiado nosotros la de Sócrates.

Ya de noche, regresé á la casa y me senté en la gradería exterior. Poco á poco íbase estinguendo el crepúsculo y un perfume de flores flotaba en la brisa.

Vino á sacarme de mis reflexiones el toque de campana que llamaba á comer.

Tolstoi apareció rodando en su sillón hasta la mesa. Como en el almuerzo, bebimos excelente kvas en la misma garrafa. La conversación estuvo animada y familiar. La sobremesa fué larga y la esposa del conde habló de las mujeres de escritores.

Después que sirvieron frutas, un melón y té, Tolstoi fué conducido de nuevo á su despacho.

El príncipe Obolensky, yerno de Tolstoi, me pasó un cuaderno en el que había una serie de preguntas del tenor de las que siguen: «Cuál es vuestro principal defecto? Con cuál defecto sois más indulgente? Cuál es vuestro autor favorito?», etc... Había como veinte y la última era: «Habéis respondido sinceramente á cada pregunta?» La persona consultada no tenía obligación de firmar sus respuestas.

Dí una ojeada á los formularios llenos y á la pregunta: «Cuál es vuestro autor favorito?», todos respondían sin escepción: Tolstoi. Yo

tuve la franqueza de apuntar el nombre de Anton Tchékof.

Tatiana, la hija del conde, estaba tendida á medias sobre el canapé. Sus hermanas María y Alejandra canturreaban, reunidas en un rincón de la pieza. El príncipe Obolensky se balanceaba en una mecedora. Cuando, sentado á la mesa redonda, llené el cuestionario, me puse á reflexionar sobre lo que Tolstoi me había dicho.

\*

—Vamos! respondiste á todas las preguntas? me dijo el príncipe Obolenski.

—Sí!

—Permíteme recompensarte con una tajada de melón.

Un lacayo trajo dos guitarras. Alejandra y María las cogieron y afinaron.

Las ventanas estaban abiertas y el cielo oscuro parecía un terciopelo azul salpicado de estrellas de oro.

La joven María inclinó la cabeza y balanceándose ligeramente comenzó á cantar, acompañada de su instrumento.

Oh! bellas noches de amor...

Su voz se asociaba á la de su hermana:

Yo siempre lo veré...

En ninguna parte esta romanza me había producido una impresión parecida...

Después de un instante de silencio las dos voces añadieron:

En vano repetirá el implacable destino. .

La puerta del estudio del conde se abrió sin ruido y no supe quien condujo á Tolstoi hasta la sala. Con la cabeza baja, parecía estar subyugado por el encanto de la música.

Mi recuerdo, ay de mí! no os abandona...

lloró la canción.



Este era el más bello pasaje. Concluido, Tolstoi levantó la cabeza y exclamó:—Qué bonito es! qué bonito es!

Había llegado el momento de despedirme. El tren pasaría dentro de una hora larga. Me acerqué á Tolstoi y le pedí su retrato.

—Habéis timoneado alguna vez? interrogó.

—Sí!

—Pues bien! la rueda delantera de mi sillón se maneja lo mismo. Tened la bondad de conducirme á mi despacho.

Obedecí, tomando mil precauciones para no volcar una silla ó chocar contra la puerta.

—Y ahora, conducidme hacia la mesa... Bien! Dadme ese paquete que veis allí.

Le acerqué un sobre grande, de donde sacó algunos retratos en tarjetas postales.

—Cuál quereis?

—Querriais obsequiarme, respondí, ese en que estais sentado en un sillón, como lo estais ahora?

—Bien! Alcanzadme una pluma.

Y el conde firmó el retrato. Muy conmovido le dí las gracias, pensando en que luego partiría y no lo vería más por mucho tiempo, talvez nunca.

—Adiós, maestro!

Tolstoi retuvo mi mano entre sus dedos tibios y secos.

—Esperad! qué quería deciros aún? Ah! si... La personalidad en los escritores es la sinceridad. Cuando uno es sincero es siempre personal... Si, la sinceridad... Y cuanto más pronto dimitais, será mejor... Hasta la vista!

\*

Y aun cuando muchas emociones preciosas han venido á enriquecer mi alma y mi pensamiento, este día de setiembre pasado en Iasnaia-Polonia, sigue siendo todavía uno de los más memorables de mi vida».

## Recuerdos de un campesino

En una carta dirigida á un diario ruso, el Señor Novikof, un campesino instruido y adepto ferviente de Tolstoi, cuenta lo que sigue:

«Amenudo he pasado por delante de la casa N<sup>o</sup> 21 de la calle de Khamovnitchesky, Moscovia, en donde habitaba el maestro durante el invierno. Retrocedía á cada intento, sin atreverme á franquear la barrera de convencionalismos sociales representada, en este caso, por los timbres, porteros, y lacayos. Pero mi deseo de acercarme á Tolstoi era tan vivo, que me hizo sobreponerme á esos obstáculos. Y de este modo, un día de invierno de 1890, trasasé el umbral, turbado y comovido.

En casa del conde había unas diez visitas: estudiantes de ambos sexos, adultos con aires doctorales, un seminarista y algunos obreros.

Apenas entré, me saludó Tolstoi y me reprendió vivamente porque le daba su título de conde:—No... no..., balbució confuso, me llamo simplemente León Nicolaiévitch.

Me hizo sentar luego en uno de los sillones de cuero de la sala y reanudaron en presencia mía la conversación, interrumpida con mi llegada. El seminarista emprendió una verdadera confesión. Pintó su vida disoluta, su solo anhelo de terminar los estudios para poder vivir en la holgura hasta el día en que, á pesar de sus libertinajes y del endurecimiento de su corazón, una repentina inspiración de lo alto, una estraña revelación de su conciencia, le había hecho comprender de golpe la verdad y la mentira de su existencia.

Tolstoi se fastidiaba, pero el seminarista, sin notarlo, continuó:—Maestro, hoy he resuelto reformar mi conducta. No quiero aprender á engañar al pueblo ni vivir á espensas suyas. Ayudadme á concluir con mi vergonzosa juventud. No sólo he pecado, sino también adquirido deudas. Hoy mismo necesito 150 rublos para pagarlas. Prestadme esta suma por un tiempo.

—Y yo, exclamó un joven estudiante en apuros,

he venido á rogaros me presteis 50. Hace mucho tiempo que intentaba esto, pero no me atrevía á formularlo. Maestro, tengo á mi madre enferma; habré terminado mis estudios científicos en tres meses más. Entonces ya podré ganarme la vida y reembolsaros esa suma.

Silencio. Estábamos estupefactos y confundidos á la vez. Uno de los señores, con aires doctorales, y dos estudiantes se apresuraron á pedir permiso y desaparecieron.

—Ahora me toca hablar!, exclamó Tolstoi. Vosotros me pedís 200 rublos, y esta mañana he recibido de Suiza una carta en la que una señora me suplica que le envíe 500 rublos, sopretesto de que sus recursos se han agotado y de que su hija debe terminar sus estudios en el Conservatorio. Que esto no os sorprenda! No es raro que se me pidan 1,000, 2,000 y hasta 3,000 rublos y esto casi todos los días... Qué estrañas son las gentes! Me piden algo que no tengo y se abstienen de indicarme de donde debo tomar el dinero que necesitan. Podéis indicarme cómo puedo adquirir los 150 rublos que os hacen falta?, continuó dirigiéndose al seminarista.

Este, turbado, enrojeció, balbuceando algunas palabras sobre el éxito que habían tenido las obras de Tolstoi. El precio que se pagaba al maestro por una sola página bastaría para salvarlo de la deshonra.

Pero el conde lo interrumpió, recordándole que desde hacía mucho tiempo, había renunciado á sus derechos de autor, <sup>1</sup> y por lo mismo sus trabajos literarios no le producían nada.

Con este fracaso, el desairado seminarista se fué en compañía de los estudiantes, sin saludar á los obreros.

—Las gentes de nuestra clase, continuó Tolstoi, se hallan de tal modo distantes de la verdad, que

---

<sup>1</sup> En su testamento, sin embargo, instituyó heredera de todos sus escritos, antes y después de su conversión, á su hija Alejandra, manifestando el deseo de que los venda, compre á su familia la residencia de Iasnaia y la distribuya entre los aldeanos.

aun cuando reconozcan sus errores, son incapaces de desprenderse de las mentiras rutinarias. Los que, como este seminarista, desean sinceramente llevar una vida mejor, no pueden consentir en la renuncia á su bienestar personal. Creerían rebajarse sentando plaza, desde luego, en las filas del pueblo que desean instruir, aun cuando éste sea, no obstante su ignorancia, infinitamente superior á ellos desde el punto de vista moral.

Nos pusimos de pie para despedirnos.

Agradecí á Tolstoi su benévola acogida y le participé mi ferviente admiración.

—Me alegro mucho de contarte entre mis adeptos, me respondió con un aire inquieto. Pero, te lo confesaré? Temo mucho que te cuesten caras las relaciones conmigo. Temo que de un día para otro te suceda una desgracia, y que tu desesperada familia me maldiga.

Le respondí que yo era libre de ir á donde me pareciera.

Tolstoi me estrechó la mano, diciéndome:—Muchas personas han sido arrestadas por tener relaciones conmigo y continuamente se me abrumba á reproches.

Yo repliqué:—En efecto, he oído algunos de mis camaradas criticar que esteis libre, cuando tantos otros por causa tuya son enviados á la cárcel ó al destierro.

—Qué puedo hacer?, exclamó Tolstoi. Creéis que yo retrocedería ante la prisión? Véolo bien: hago la última jornada de mi vida, que ya toca á su fin. Nada me importa endonde deba morir.

Nos separamos como hermanos y al hacerlo, tuve el presentimiento de que no nos veríamos por mucho tiempo.

\*

Pasaron algunos años, durante los cuales escribí amenudo al maestro y recibí varias veces noticias suyas.

Las previsiones de Tolstoi se realizaron. La desgracia cayó sobre mí.

Cómo sucedió esto? Me parece inútil contarlo, pues siempre se hallan pretextos cuando se quiere perseguirlo á uno.

Si bien escapé de la prisión, debí sufrir peores pruebas. En poco tiempo, se me envió á Polonia, después á Kazán, enseguida á las estepas lejanas de Turgai, en donde «no hay política», según la expresión de un funcionario, pues allí no hay habitantes, salvo algunos kirguises nómadas.

Yendo de un sitio á otro, como un paquete postal, en las estaciones y desembarcaderos se me esperaba y escoltaba, como si fuera personaje de alta importancia. Para mí sólo se movilizaban gendarmes y cosacos, aun cuando debo confesar que no merecía ni la centésima parte de los honores que de este modo se me dispensaban. Creerías, si os digo que hasta al retrete me acompañaban dos soldados con bayoneta calada ó dos gendarmes revólver en mano? Creo que los personajes más encumbrados nunca fueron objeto de una solicitud semejante.

Me hicieron recorrer más de tres mil kilómetros en ferrocarril; después anduve á pie, por jornadas, más de quinientos kilómetros en las estepas de Turgai, allende el Oremburgo. En las ciudades, los cuarteles me servían de albergue; en los Urales, me hacían acostarme en la cárcel de las aldeas cosacas que atravesábamos. Pero cuando estuvimos en plena estepa, ya no se me pudo encerrar en parte alguna.

Dilatados campos nos rodeaban con sus horizontes sin límites. Los cosacos se turnaban para vigilarme. En tanto que dormitaba, un soldado me veía, apoyándose en su fusil. «Acuéstate!», decíale yo á veces, «no me escaparé!»—«No!, respondía, mi consigna me lo prohíbe!»

No es esto extraño? Dios ha creado la noche para el reposo y los hombres han establecido consignas para prohibirlo.

El caso mío no era grave, pero se empeñaban en darle el aspecto de un verdadero «crimen». Maltratándome, se dirigían sobre todo á Tolstoi y su doctrina que yo tenía el honor de representar

á los ojos de las autoridades. Es por esto por lo que diariamente oía injuriar al gran pensador. En los interrogatorios que me hicieron, se manifestó una severidad excesiva, como si estos poderosos funcionarios tuvieran delante de sí, no á un pobre campesino, sino á Tolstoi mismo, invulnerable á sus azotes.

El empleado que me interrogó en Moscovia, me afirmó que el conde estaba loco desde hacía mucho tiempo y que por consiguiente era preciso no darle ninguna fe á sus palabras.

Se hubiera dicho que desde Varsovia á Turgai, todos se hubiesen puesto de acuerdo para hablar de Tolstoi en el mismo tono.

En Varsovia, un comandante de policía, de cabellos rojos, gritó adelante de mí, zapateando colérico: «Por qué, pues, vacilan tanto tiempo los ministros y los metropolitanos? Qué aguardan, que no destierran á este hombre funesto?»

En Kazán, se manifestaron más humanos. Ni gritos, ni injurias, ni amenazas se profirieron, contentándose con probarme, en un tono sentencioso, que Tolstoi talvez tenía razón, pero que su moral no era para una época como la nuestra. Y en la estepa, el capitán, ebrio, me gritó mostrándome los puños:—A quiénes enseña tu Tolstoi sus santas verdades? A gentes como tú. Y cuántas son? Dime, cuántas son? Admitamos que haya algunas decenas de miles de imbéciles de tu ralea en toda la Rusia. Qué es eso? Cuando queramos, podemos reducirlos á polvo en el hueco de la mano!

\*

—Te lo dije mucho! Te lo dije mucho! exclamó regocijado Tolstoi cuando en 1900, de regreso de las estepas de Turgai, fuí á visitarlo, no á Moscovia, sino á Iasnaia-Poliana.

Con su aspecto robusto, sus cabellos y barba blancos, su blusa gris, Tolstoi parecía un viejo campesino que participaba activamente en los trabajos del campo, pero que sin embargo, vigilaba su hacienda con ojo avisor. Si algún día lo canonizan,

sus retratos llamarán durante siglos la atención de los hombres, tan severa y misericordiosa es á un tiempo la doliente espresión de la cara.

—Te lo dije mucho que alguna desgracia te acontecería! me repitió tomándome la mano. Supe oportunamente tu arresto y destierro. Inquieto por la suerte de tu familia, quise hacer diligencias para obtener tu libertad, pero no pude saber en donde estabas y de qué «crimen» se te acusaba.

Informé brevemente á Tolstoi de cómo y por qué había sido arrestado. Felizmente no había pruebas de mi culpabilidad. Los únicos cargos que me hacían eran los pasajes de mis cartas en que yo protestaba contra los robos de los bienes públicos y los gastos que ocasionaría la coronación.

—Es una gran dicha que te hayas escapado del juicio, dijo Tolstoi, añadiendo después en voz baja: Drojine no pudo resistir, murió hace poco. Y te han azotado?

También esta vez Tolstoi tenía visitas, entre otras, extranjeros que no conocían el ruso.

Eran casi las cinco y el gran escritor iba á salir. Nos pusimos en marcha.

Tolstoi me hizo atravesar el jardín; en seguida nos emboscamos por un sendero, en donde se respiraba libremente y mejor después de la lluvia; gotitas de agua resplandecían, como diamantes, en las hojas, y los pájaros de nuevo comenzaban á cantar.

Marchamos largo tiempo por las sendas húmedas, sin hablar, temerosos de interrumpir el silencio del bosque. Tolstoi avanzaba con una rapidez tan juvenil que apenas podía seguirlo. Por fin acortó el paso y me preguntó:—Dime, maldijiste de mí cuando estabas encerrado en los cuarteles y las prisiones del camino?

—Sí, confesé, en mis cortos momentos de debilidad. Al principio me parecía duro soportar aquella situación humillante, tanto más cuanto que ignoraba hacia dónde me conducían y lo que harían de mí. Después, con la ayuda del hábito, me acostumbré tan bien á esa estravagante vida, que todas las mañanas echaba de menos la pocilga en

donde se me había acorralado durante una noche. Por lo demás, hasta encontré que esto era divertido. Me figuraba que hacía una éscursión por la llanura y la montaña á costa del Estado, en calidad de prisionero político. Los jefes nunca trataron de practicar su amenazas y yo me acostumbé también á sus salidas. Por otra parte, me injuriaban menos que á tí...

—Sí lo comprendo! respondió Tolstoi animándose. Los hombres se adhieren mucho á sus obras. Decidle á un hombre que no tiene tacto, inteligencia, probidad, y en rigor podrá perdonároslo. Pero tratad de condenar su obra, de probarle que su trabajo es inútil y malo, y ese hombre, cualquiera que sea, se convertirá en vuestro enemigo. Sobre todo sí, en su fuero interno, comienza á tener conciencia de la vanidad de sus esfuerzos. Recordad las crueldades, los crímenes cometidos durante largos siglos. La unión de los sacerdotes y de los soberanos del mundo ha traído esta monstruosa desigualdad de los hombres que ahora sufrimos. Las nueve décimas partes de la humanidad viven en la ignorancia y la miseria; la restante que posee la clave de la comprensión de la vida, engorda en la saciedad material; está pervertida en grado sumo; ni avanza por sí misma ni deja que las otras lleguen á la luz. Acordaos de los bueyes y los gatos egipcios, los oráculos y los Júpiteres antiguos, los Perunés y los Voloss de Kief, todas las cadenas y trabas que los príncipes y sacerdotes han forjado para el alma libre del hombre! Ved pues!, continuó líricamente Tolstoi, señalándome el bosque resplandeciente, refrescado por la lluvia. Si el hombre fuera libre, su vida no sería una perpetua dicha sobre este tierra divina?

—Pero es á esa décima parte de hombres privilegiados á quienes debemos la ciencia, de la que todos disfrutamos... alegué.

—Y que á todos nos perjudica igualmente, desarrollando el lado esterno de la vida en detrimento del interno, repuso. Se han inventado los paraguas, los relojes, los ahulados y cuantas otras cosas más... Y por este motivo los hombres deben



amontonarse en las fábricas humientas, en las minas, despreciando las condiciones naturales de la vida. Es cierto que la sociedad actual ha logrado obtener y vender baratamente la sal, el petróleo, el alquitrán, etc., pero ha propagado también el uso del tabaco, del opio, del alcohol que arruina y embrutece á millones de individuos; ha contribuído igualmente á que se difundan las enfermedades sexuales, el libertinaje, etc. Cegadas por sus invenciones, las personas que se llaman civilizadas no se dan cuenta de que sus conquistas sólo sirven á la centésima parte de la humanidad y que las noventa y nueve restantes no solo no adoptan las formas perfeccionadas de la vida, sino que las desdeñan, pues la gran mayoría comprende que el progreso estérno y vocinglero, con sus paraguas y sus relojes, despierta la envidia y corrompe los corazones. La civilización ha complicado terriblemente la vida social, entorpecéndola con mil cosas vanas. Por obtenerlas se afanan tanto los hombres, que olvidan su esencia divina, sobre todo olvidan que son infinitamente superiores á esas futilidades, frutos de una ciencia errónea. Con tal de no quedársele atrás á sus vecinos y parecérseles en su vida estérna... poco les importa la divinidad á quien sirven.

Le conté á Tolstoi de qué modo me recibió en Varsovia un viejo académico á cuya casa me habían mandado. En vez de amonestarme como debió hacerlo, el excelente hombre me había hablado con el corazón en la mano.

— Pueden mandaros á la cárcel, me dijo, á las compañías de disciplina, poco importa, y no seréis desgraciado en ninguna parte, porque, cualquiera que esteis, se os servirá cereales machacados y sopa. Pero una situación semejante sería insoponible para nosotros, acostumbrados como estamos desde niños á la consideración y al bienestar. Y qué dirían nuestros padres, nuestros hijos, nuestras esposas? Bastarían para enterrarlo á uno vivo, sus reproches y recriminaciones. Evidentemente, todo es posible cuando uno es joven. Pero á mi edad, ya no se piensa en hazañas parecidas.

—Sí, repuso Tolstoi, es horrible reconocer la falsedad de su situación cuando uno ya es viejo y



Tolstoi yendo hacia el convento Optina-Poustine <sup>1</sup>

no se siente con fuerzas para cambiarla. Amenudo me han echado en cara que mande á los demás á trabajar al campo, mientras yo vivo en una casa

<sup>1</sup> En este convento escribió Tolstoi pocos días antes de su muerte—ocurrida en noviembre de 1910—su último artículo, en el que ataca indignado la pena capital.

confortable, y no hago ninguno de los trabajos que recomiendo. Se cuán justificado está el reproche.

—Hace mucho tiempo que quería hablarte de este asunto!, dije. Siempre me ha parecido que no era digno de tí vivir detrás de doce puertas que custodian otros tantos lacayos.

—Creis acaso que me gusta eso?, habló el Conde suspirando. Pero, qué quieres que haga? No tuve en otro tiempo valor bastante para romper con ese género de vida. Mi primera falta fue esa... Pasaron los años y ahora (acortando el paso), ni tú mismo te atreverías á censurarme. No se empieza una nueva vida á los 72 años. En otro tiempo, pensé en irme á otra aldea para vivir de cualquier cosa, como un infeliz sin familia. Pero el tiempo ha trascurrido y eché de ver que era viejo... Los trabajos del campo no me repugnan, al contrario, siempre me han gustado mucho y les debo los recuerdos más agradables de mi vida.

Las nubes se agrupaban en el cielo y se oían los redobles del trueno. Retrocedimos; estábamos á tres kilómetros de la casa.

Hablé de lo difícil que es evitar las querellas de familia.

—La prueba más penosa que Dios impone al hombre, es la familia, dijo Tolstoi. No en valde se ha dicho que el hombre que es dichoso en medio de la familia es verdaderamente dichoso. Lo peor del caso es que uno está encadenado á ella para siempre, y espuesto sin cesar á un fuego granado de conversaciones, de habladurías, de opiniones que no puede uno oír sin irritarse. En estas circunstancias, siempre me he esforzado por conservar mi sangre fría. Hasta he cedido muy amenudo. De este modo, la reconciliación se realizó más pronto; luego vino la calma y el asunto por sí mismo se arregló. En la vida familiar, como en todas las relaciones con los demás, por regla general, la dulzura es mejor que la violencia, pues la cólera que no se ahoga al nacer, se parece á la bola de nieve que se agranda más conforme rueda. Y casi siempre, uno tiene que la-

mentarse de no haber sabido impedir la querrela.

La tempestad que venía amenazando estalló encima de nosotros. Gruesas gotas de tibia lluvia crugieron en los árboles y en el camino. Presurosos, logramos llegar á la vieja morada señorial».

## Los beneficios de Tolstoi

«En la primavera de 1905, nos cuenta un médico de nuestros amigos, mi familia y yo nos instalamos en una finca perteneciente á la señora Tatiana Soukhotina, á cuatro kilómetros de Iasnaia-Poliana. Era nuestra vecina una amable anciana, la señora Sch..., descendiente de la familia solariega. Cuando era maestra de escuela, la lectura de las obras de Tolstoi la había trastornado, renunciando de pronto á su existencia fácil para vivir la dura vida del mujik. Ella, en verdad, sí gana el pan con el sudor de su frente.

La señora Sch... vive en una cabaña minúscula, cerca de la finca; dos vacas y un huerto le proporcionan el sustento. En el estío, algunos miembros de su familia vienen á veranear por los alrededores, pero la vieja dama permanece sola todo el invierno con su criada y su desgraciado perro Chavotchka. La pobre bestia tiene ambas manos tullidas, y la quiere de tal modo, que cuando la señora Sch... se traslada á Iasnaia-Poliana, rehusa el alimento y se echa en el camino. De este modo aguarda su regreso durante varias horas, con la cabeza vuelta hacia el lado por donde su ama debe reaparecer.

Como la mayor parte de los campesinos de la región están corrompidos por la cercanía de la ciudad y las ganancias fáciles que les proporcionan los veraneantes de las quintas, no comprenden ni á la señora Sch... ni la misión que se ha echado encima, pero la vieja dama no sufre porque no se la comprende.

—Ah! qué feliz soy, repetía amenudo! Este rinconcito de tierra es para mí un paraíso.

Tolstoi siente por ella un profundo y sincero

afecto y la visita amenudo. Sus encuentros son conmovedores.

—Conque nos vamos muriendo, señora Sch...? esclama él jovialmente, cuando llega.

—Nos vamos muriendo, amigo mío, responde ella con el mismo regocijo.

—Estáis contenta de ello?...

—Sí...

Y los dos viejos satisfechos ríen felices.

—Mira, pues, lo que él me ha traído hoy, nos dice, mostrándonos un vestido de punto de lana. Me ha dicho: «Debéis tener frío, yo tengo dos de estos vestidos y te traigo uno; está nuevo». Con sorpresa he visto que estaba todo remendado; sin duda que no le dieron el que deseaba ofrecirme.

No pasaba semana casi, sin que Tolstoi viniera á la finca, ora á caballo, ora á pie. Se sentaba un instante, cambiaba algunas palabras con nosotros y partía de nuevo.

—Escuchad, pues, lo que me ha sucedido en casa de la señora Sch..., nos dijo un medio día. Esta mañana han venido á buscarme dos mujeres, para contarme que sus maridos están en la guerra, y que ellas y sus hijos viven en la mayor miseria. No hay vaca ni en la casa de la una ni en la de la otra. Las interrogo, les doy algunas monedas y les prometo que pronto pasaré á su casa. Apenas se fueron, vino un mujik que conocía bien á las dos. Lo interrogué. No me habían mentado; ni la una ni la otra tenían vaca. Pero lo peor es que la una tiene ocho pequeños y tres la otra. Pedí al campesino que me trajese la primera, á fin de entregarle luego unos treinta rublos. Es preciso que os diga que hace poco recibí de un grupo de rusos que viven en Shangai, una suma de cuatrocientos rublos para repartirlos á las familias arruinadas por la guerra, conforme me lo han pedido los donantes. De este envió me quedaban casi treinta rublos. Para no promover la envidia de la que no podía socorrer, recomendé al campesino que no me trajese más que á la madre de los ocho

niños. Pero no me comprendió, sin duda, porque me trajo las dos indigentes. El pensamiento de que iba á dejar discontenta á una de esas desgraciadas, me puso en grandes apuros. Sin embargo, entregué los treinta rublos á quien estaban destinados y exhorté á la otra para que no envidiara á su compañera. Sabéis lo que me respondió? (Y al decir estas palabras se alteró la voz de Tolstoi y sus ojos se llenaron de lágrimas) «Qué dices, León Nicolaiévitch?, envidiarla? Lejos de mí esta idea... Lo que tú acabas de hacer es muy justo. Ella necesita más que yo de que se la socorra. Cuando tenga leche, le dará á mis hijos también. Ambas te damos las gracias cordialmente». Importa conocer su miseria para comprender la hermosura de esta respuesta, concluyó Tolstoi, profundamente conmovido.

\*

Cada vez que iba á visitarnos á Ovsiannikovo, traía un día luminoso á nuestra casa.

Cierta ocasión, al despedirse de nosotros, dijo adiós con la mano á nuestro nene, una chica de nueve meses, á quien nuestra vida solitaria había convertido en una pequeña salvaje. La chiquilla miró al conde con sus grandes ojos sorprendidos, abrió risueñamente su rosada boca y, de alegría tal vez, acercó á ella el pie.

—Ya no puedo hacer yo otro tanto, exclamó Tolstoi carcajeándose.

Luego montó con la ligereza de un joven caballero y partió al galope de su corcel».

## La vida y la muerte

A los centenares de cartas que de todos los rincones del mundo dirigían á Tolstoi durante su enfermedad, en 1904, para informarse de su salud, él respondió con los renglones que van á seguir. Se hallaba entonces bajo la impresión de penosos acontecimientos y esta epístola describe el estado

de ánimo y los complejos sentimientos que agitaban al gran escritor.

«Recibí vuestra carta y tengo la dicha de poderos responder. No el razonamiento, sino una larga experiencia, me ha convencido de la espiritualidad de la vida humana. El hombre es espíritu, es una partícula de Dios, contenida en los límites definidos que llamamos materia; pero la vida del espíritu no está sujeta á mutilación alguna y menos aun, al sufrimiento. Crece siempre con regularidad, ampliando los límites que la ciñen. No obstante, es propio del hombre caer en el error de creer que la esencia de la vida se halla en las fronteras que la limitan, esto es, en la materia. Víctimas de semejante error, consideramos los sufrimientos corporales y sobre todo, la enfermedad y la muerte, como una desdicha, cuando precisamente esos sufrimientos—tan inevitables como la muerte—adelgazan las murallas que aprisionan nuestro espíritu, y, al destruir la seducción de la materia, nos llevan á una mejor concepción de la vida: nos ponen de manifiesto que somos seres espirituales y no materiales. Mientras más fuerte se hace el dolor físico, mientras más próxima está de nosotros la muerte, que nos parece el supremo dolor, más fácilmente se libera el hombre de las seducciones de la vida terrestre y reconoce mejor que es espíritu. Tal sentimiento, en verdad, no le produce los placeres violentos de la vida animal, pero, en cambio, experimenta una libertad completa, la certidumbre de su invulnerabilidad, de su indestructibilidad, siente su unidad con Dios, principio y esencia de todo. No es entonces temible la muerte, que sólo es la liberación y la resurrección; quien ha gustado estos sentimientos no los cambiará por ningún otro placer material en el mundo. Puedo afirmarlo, porque durante mi enfermedad he sentido esto con una fuerza extraordinaria.

»Tan pronto como mejoré, dos opuestos sentimientos me invadieron: la alegría del animal que regresa á la vida y la pesadumbre del sér espiritual y el encogimiento de la conciencia, tan amplia durante la enfermedad. Desde mi convalecencia, á

pesar de la energía nueva con que me llegan todas las sensaciones de la vida transitoria que se renueva, creo, mejor dicho, sé que la enfermedad ha sido para mí un bien supremo; me ha traído en obsequio lo que mis razonamientos, ni los ajenos me habían dado y eso que me ha traído lo conservaré siempre conmigo, no lo perderé jamás. No en vano, á propósito de las enfermedades, de los incendios, de todo cuanto es independiente de la voluntad humana, dice la sabiduría popular: «Nos ha visitado el Señor».

»Por lo que hace á la adquisición de la dicha, nada es peor que lo que las gentes desean para sí y para los demás: la riqueza, la salud, la gloria.

»Quiera Dios que comprendais todos los beneficios del dolor y de la proximidad de la muerte inevitable. Reconozco que para eso es indispensable creer en su esencia espiritual, partícula de Dios que no está sujeta á trasformación ni á mengua y menos aún al sufrimiento ni á la aniquilación. Mas del tenor de vuestra carta me permito pensar que vosotros participais de esta creencia; si así no fuere, llegareis á ella.

»Que conserve Dios vuestras almas más aún que vuestros cuerpos!»

## Que vuestros descendientes

no se os parezcan

Un grupo selecto de escritores y artistas se hallaba sentado á la mesa de Tolstoi, en uno de los primeros días de enero de 1908. El conde, sonriendo, daba las gracias por los numerosos votos de salud y dicha que formulaban sus conmensales.

—Y tú, León Nicolaiévitch, le preguntó uno de los invitados, qué deseais para la sociedad rusa, con motivo del año nuevo?

Tolstoi reflexionó un instante y después, á modo de respuesta, contó la leyenda que sigue:



«Cierta vez un hombre instruido se acercó á uno sagaz para pedirle su bendición.

—Escucha, repuso el sabio. Errante por el desierto mucho tiempo, un peregrino sufría con el hambre, la sed y el cansancio. Cierta día, distinguió un árbol lleno de maduros frutos; un arroyo límpido murmuraba á sus pies y á su sombra sentíase una frescura deliciosa.

El fatigado peregrino sació el apetito comiendo las frutas, con el agua apagó su sed y reposó al abrigo del árbol. Ya restablecido, levantóse y antes de irse, habló de este modo al árbol: «Qué puedo desear para tí? Que sean sabrosos tus frutos? Lo son. Que sea fresca tu sombra? Lo es. Que cante á tus pies un arroyo de agua clara? Pasa cantando. He aquí lo que yo te desearía: Que tus retoños se parezcan á tí!»

Yo te diré lo mismo, mi instruido amigo, contestó el sabio. Qué bendición puedo darte? Que seas célebre en las ciencias? Lo eres. Desearte honores? Te colman de ellos! Riqueza? Eres rico. Numerosa familia? Tienes la dicha de poseerla. Deseo, pues, que tus descendientes se te parezcan».

—Para mis contemporáneos que predicán el asesinato y la violencia, añadió el conde, con motivo del año nuevo, no puedo menos que anhelar lo contrario: «Que vuestros descendientes no se os parezcan! Dios los libre!»

## El Aniversario de Tolstoi

El 28 de agosto de 1908 Tolstoi cumplía 80 años. Se levantó satisfecho y pasó toda la mañana riendo y dando bromas. Más tarde, habló de su vida pasada.

—Cuando era joven, me decía: «Será posible que llegue á los ochenta años»? Entonces me figuraba que sería un viejo caduco, sin dientes, que sabría todo lo que un hombre puede saber. Hoy, tengo

80 años y veo que la verdad apenas comienza á resplandecer para mí. Para conocer lo que yo deseara, sería preciso investigar aún mucho tiempo más y progresar sin descanso, talvez necesitaría vivir todavía 80 años más.

Por la tarde, como de costumbre, el maestro habló del Evangelio.

—En otra época, nos dijo, ciertos pasajes me parecían oscuros. «Amad á Dios y á vuestro prójimo»! Cuál Dios? el Dios personal? Pero cómo puedo amarlo, si no lo conozco. Estas palabras hoy son tan claras para mí que estoy admirado de no haberlas comprendido antes. El Dios que importa amar no es un Dios extraño á nosotros, es el que se halla en nuestro corazón, en el de los hombres y los animales, en todo el mundo. Cuando amemos ese Dios, amaremos nuestro prójimo y todo el universo. Otras frases del Evangelio me parecieron no menos difíciles: «Ama á quienes te odien». Cómo puedo amar á un hombre que siente odio? No debo más bien alejarme de él? Sin duda, pero no del Dios que en él existe, en mí, en todos. Yo debo alejarme únicamente del Dios malo que existe en su alma. Se dice también: «El hombre lleva en su corazón una partícula divina». Esto es comprender imperfectamente la divinidad. Dios se halla en mí como en la bestia, el vegetal, la piedra, en todas partes y en todas las cosas. Cómo puede decirse que uno lleve consigo una partícula de Dios? Se quiere fragmentar á Aquél que es infinito, incomprendible, incommensurable, á Aquél que reconocemos como Dios?

Después de un ratito de silencio, Tolstoi continuó:

—Es tan imposible llevar una vida puramente espiritual, constante y concentrada, como una vida sólo física. Se necesita la noche para que destaque el día. Tanto como el cuerpo, el alma necesita reposo. Puedo trabajar sin fatigarme á los 80 años? Necesito descansar: me paseo, observo y converso... Y cuantos aniversarios más tendré ocasión de festejar en medio de vosotros!

## El médico-mayor

Nos paseábamos una mañana con Tolstoi en el dominio de Iasnaia-Poliana, no lejos del bosque que él mismo plantara á los 45 años, con ayuda de su mujer, cuando vimos venir hacia nosotros un hombre de tímida apariencia, de 35 á 40 años, alto, moreno, vestido con un brillante uniforme. Se presentó con el nombre de Boris T..., médico-mayor. Por discreción quisimos alejarnos, pero Tolstoi nos retuvo con un gesto.

Acompañados del recién venido, continuamos nuestro paseo. Después de varias preguntas que Tolstoi le hizo, el oficial se puso á hablar locuazmente. Se hubiera dicho que tenía prisa de aliviar su corazón de la carga que lo oprimía. Con una especie de rabia contenida pintó la vida militar. Escándalos, arbitrariedades, vejámenes de toda clase; ninguno de los detalles nos complacía. Visiblemente fatigado por aquella vehemencia, Tolstoi interrumpió de pronto al extraño individuo para preguntarle cuál era el objeto de su visita.

—He venido, repuso el médico, después de la lectura de vuestras obras, con el intento de preguntaros si debo permanecer en el ejército.

Tolstoi miró un instante á su interlocutor y le respondió con voz firme:

—Sí.

Enseguida se alejó, no sin haberle dado antes las calurosas gracias al escritor.

Ya solos con el conde, no pudimos menos que manifestarle nuestra sorpresa.

—Cómo es posible que tú, León Nicolaiévitch, hayas dado semejante consejo? No está tu respuesta en abierta contradicción con las ideas que no has cesado de defender?

—Ved ese peral, respondió el maestro. Si sus frutos aun cuelgan de las ramas, es porque no están maduros todavía. Cuando lo estén, caerán sin necesidad de que se los recoja. Lo mis-

mo pasa con este hombre. Su espíritu no ha alcanzado la completa madurez. Ya llegará el día en que la alcance y entonces no necesitará de consejos, pues abandonará el ejército impulsado por sí mismo.

## La correspondencia

El primero de setiembre de 1902, después de una grave enfermedad, Tolstoi se levantó por primera vez, enflaquecido y encorvado. Con una sonrisa de dicha en los labios, habló de esta enfermedad y de la aproximación de la muerte.

—Hoy, en mi paseo, nos dijo, sentí de pronto un malestar, como si mi corazón hubiera cesado de latir. Me senté y esperé. «*Ella viene, ella viene*», pensaba. Al principio me pareció extraña la sensación; enseguida me hizo bien. Pero eso no era la muerte sino una advertencia. No la llamo, pero tampoco le huyo, porque un cristiano no debe temer la muerte, ese paso de lo transitorio á lo eterno.

En tanto que hablaba, llegó un paquete de cartas. Venían de todos los países del mundo. Junto con ellas, se encontraban varios periódicos extranjeros recortados. Tolstoi sonrió:— Cuán solícitas son las autoridades! Temen que yo lea cosas que puedan perjudicarme.

El maestro abrió esa voluminosa correspondencia. Un joven servio, preso por haber rehusado el servicio militar, le escribía de Belgrado. Pintaba el hospital y la cárcel, sus padecimientos morales y físicos. Aun cuando su madre había caído enferma y su desesperado padre le suplicaba que cediera, el seguía fiel á la voz de su conciencia. Terminaba su carta dándole unas gracias muy cordiales á Tolstoi, porque— según decía—le había enseñado el camino de la verdad.

—Y de esta, qué pensáis? nos dijo el maestro enseñándonos una carta de un célebre médico

de San Petersburgo. Trata de persuadirme de que la inmortalidad es una farsa y que nuestra alma no es más que una fórmula química:  $H^2O$ . Para que me restablezca, me aconseja que coma ostras, pollo y beba vino madera. Son buenos consejos, añadió maliciosamente Tolstoi.

—Os admirais—repuso enseguida de la manera como examino mi correspondencia. Acostumbro mirar los sobres antes de abrirlos. Cuando vienen dirigidos *A Su Excelencia, el Conde*, etc., los hago á un lado. Sé quien me escribe y puede esperarse. Si, por el contrario, veo una dirección muy sencilla, con mala ortografía, abro la carta luego. Esa, lo adivino, me la envía un hombre sincero que me pide consejo. A entenderme con él enseguida.



## GLOSARIO <sup>1</sup>

**Acezar**, jadear.

**Amainar** (el viento), perder su fuerza.

**Alejandro el Grande**, rey de Macedonia y célebre conquistador (356 á 324 antes de Jesucristo).

**Asesores** (jurados), consejeros, que resuelven.

**Bardos**, poetas que cantan las hazañas de los héroes nacionales.

**Beethoven**, célebre compositor alemán (1772-1827).

**Bueyes y Gatos egipcios**: el pueblo egipcio divinizó miles de animales, entre ellos el buey (el famoso Buey Apis, p. e.) y el gato que, disecado, ocupaba un puesto con la familia en la cámara mortuoria.

**Burocracia**, el conjunto, de empleados públicos de un país.

**Canones**, reglas.

**Copek** (el), moneda rusa, corresponde al céntimo.

**Clásicos** (los autores), excelentes, de la primera fila.

**Cosacos**, soldados rusos.

**Diatriba**, escrito violento é injurioso.

**Disidente**, (secta), que profesa opiniones contrarias á las de la mayoría.

**Eckermann**, secretario íntimo y confidente del gran poeta Goethe. Con el título de *Conversaciones* compuso una obra, endonde están reunidas las que tuvo con Goethe sobre toda clase de asuntos.

**Enciclopédico** (diccionario), que abarca todas las ciencias.

**Estarosta**, agente de policía.

**Estético y ético** (hombro) que se relaciona con la belleza y con la moral, respectivamente.

**Etiópes**, habitantes de la Etiopía, una estensa región al S. del Egipto.

**Exégeta**, intérprete de la Biblia.

**Ferney**, en el cantón de Gex, Francia. Allí se encuentra el castillo en que vivió el célebre satírico francés, Voltaire, desde 1758 hasta su muerte.

**Funcionario**, empleado público.

**George** (Henry), publicista yanqui. Ha sido el jefe del movimiento que aboga porque la tierra sea propiedad del Estado y los particulares que quieran poseerla, deben pagar un impuesto proporcionado á la extensión que soliciten.

**Gogol**, Gorky, Tchekof, Nekrassof, Tchirikof y Savitkine, célebres escritores rusos, los cuatro primeros sobre todo.

**Ibsen**, poeta noruego y dramaturgo (1828-1906).

**Inaudita** (violencia), nunca oída.

**Júpiter**, el dios supremo, padre de los dioses y de los hombres, en la religión de los griegos y romanos antiguos.

**Kazán**, ciudad de la Rusia europea, capital de la provincia del mismo nombre.

**Kirguises nómadas**, una de las varias poblaciones

<sup>1</sup> Doy apenas el significado que, á mi entender, tienen las palabras tal como están empleadas en el texto del presente Epítome.

errantes que ocupan las estepas ó llanuras inmensas entre Siberia y China.

**Knout**, instrumento de suplicio; consiste en una trenza de cuero que termina en hilos metálicos.

**Kvas**, especie de cerveza.

**Maupassant**, novelista francés (1850-1893).

**Metropolitanos**, arzobispos y obispos.

**Mujik**, campesino ruso.

**Nabucodonosor**, reinó en Nínive y Babilonia (Asia antigua), 606 años ant. de J.

**Oremburgo**, la provincia más oriental de la Rusia europea.

**Ortodoxia**, conformidad de las opiniones religiosas con lo que decide la Iglesia.

**Pablo I.** emperador ruso (1751-1801).

**Pascal** (Blas), uno de los escritores franceses más notables del siglo xvii.

**Peruno**, dios de los antiguos eslavos.

**Poltava**, ciudad rusa, capital de la provincia del mismo nombre, á 1,400 kilómetros al SE. de San Petersburgo.

**Rousseau**, célebre escritor y filósofo francés (1712 á 1778). Ocho años de su vida los pasó en las Char-

mettes, aldea cercana á Chambéry, capital de la Saboya, Francia.

**Rublo** (el), moneda rusa; correspondé á poco más de ₡ 2.00, si es de oro, como ₡ 1.50 si es de plata y como ₡ 0.50 si es papel-moneda.

**Shangai**, ciudad china y centro comercial importante.

**Schopenhauer**, filósofo alemán (1788-1860.)

**Stael** (Mme.) Una de las más distinguidas publicistas francesas (1766-1817). Hizo célebre su residencia Coppet, aldea suiza sobre el lago de Ginebra.

**Talmud**, código religioso y civil de los judíos; contiene muchas fábulas y leyendas.

**Tartajear**, tartamudear.

**Tartana**, carruaje con asientos trasversales ó laterales.

**Times** (el), uno de los grandes diarios ingleses.

**Tinglado**, un galeroncito.

**Vivisección**, abertura ó disección de los animales vivos.

**Voloss**, dios-río, adorado en Kief, capital de la provincia del mismo nombre, y una de las ciudades santas de la Rusia europea.

# CONTENIDO

	<u>PÁGINA</u>
LEÓN TOLSTOI .....	3
IASNAIA-POLIANA .....	8
NICOLÁS PALKINE .....	10
TOLSTOI ENFERMO .....	12
EL MOSQUITO .....	15
EL AGENTE DE POLICÍA .....	18
LOS TEMPERANTES .....	19
LOS COLABORADORES DE TOLSTOI .....	22
LOS PEDAGOGOS .....	24
UNA LÁGRIMA .....	27
EL TINGLADO DE UNA VIUDA .....	30
EL JUICIO .....	31
YO NO QUIERO QUE SE TOQUE A TOLSTOI	33
TOLSTOI Y GORKY .....	35
TOLSTOI Y SUS HIJOS .....	36
TOLSTOI Y EL ARTE POPULAR .....	39
UNA LECTURA EN CASA DE TOLSTOI ...	41
LOS DOS VIEJOS .....	45
LA ESCOLTA IMPREVISTA .....	49
EL BUSTO DE TOLSTOI .....	51
EL LACAYO .....	53
UN PENSAMIENTO DE MARCO AURELIO ..	55
EL AMOR AL PRÓJIMO .....	56
EN TORNO DE LA PARVA .....	57
TOLSTOI ÍNTIMO .....	62
LA LEYENDA DEL RICO .....	64
RECUERDOS DE UN JUEZ MILITAR .....	66
RECUERDOS DE UN CAMPESINO .....	73
LOS BENEFICIOS DE TOLSTOI .....	83
LA VIDA Y LA MUERTE .....	85
QUE VUESTROS DESCENDIENTES NO SE OS PAREZCAN .....	87
EL ANIVERSARIO DE TOLSTOI .....	88
EL MÉDICO-MAYOR .....	90
LA CORRESPONDENCIA .....	91
GLOSARIO .....	93